ENRIQUE RUIZ GUIÑAZU

EL MONUMENTO DEL LIBERTADOR

INSTITUTO NACIONAL SANMARTINIANO
BUENOS AIRES 1966

EL MONUMENTO DEL LIBERTADOR

Conferencia del académico Dr. Enrique Ruiz Guiñazú,
miembro titular de las Academias de la Historia
y de Derecho y Ciencias Sociales,
pronunciada en el Instituto Nacional Sanmartiniano
el día lunes 30 de setiembre de 1963,
e ilustrada con proyecciones luminosas.
Hizo la presentación del ex canciller de la República
el presidente de la entidad, general D. Ernesto Florit.

Palabras previas del Presidente del Instituto Nacional Sanmartiniano, Gral. Ernesto Florit.

El Instituto Nacional Sanmartiniano agradece la presencia en esta tribuna del señor miembro de número de la Academia Nacional de la Historia, doctor D. Enrique Ruiz Guiñazú quien, como integrante del gobierno municipal de la ciudad de Buenos Aires en 1910, ha conocido de cerca pormenores de la transformación del primitivo monumento al Libertador San Martín, que se eleva en la plaza que lleva su nombre.

El doctor Ruiz Guiñazú ha tenido la gentileza de ofrecernos esta disertación en nuestra tribuna y la hemos aceptado de inmediato, por tratarse de tan destacada personalidad y porque a ello tienen derecho los señores miembros de las academias nacionales.

A más de medio siglo de las modificaciones introducidas al monumento original —reducido entonces a la simple estatua ecuestre erigida sobre modesto pedestal—, preciso es que las generaciones actuales puedan conocer cuanto se relaciona con aquéllas, para que no se tejan fantasías que desfiguren la verdad. Esta verdad es la que nos trae hoy el Dr. Ruiz Guiñazú y que le escucharemos complacidos.

No voy a cometer la descortesía de presentar a ustedes tan importante y conocida personalidad diplomática, de los ambientes jurídicos y de los estudios históricos; sólo diré que, para suerte de los suyos y de sus amigos, dentro de breves días cumplirá 81 años de vida activa y provechosa.

Felicitémosle y cedámosle la tribuna.



EL MONUMENTO DEL LIBERTADOR

Con verdadera complacencia, he aceptado esta tribuna del Instituto Nacional Sanmartiniano, en el deseo de compartir algunas impresiones con estudiosos de la historia nacional, especializados en la gesta del Libertador; en cuyo culto, coparticipamos todos los argentinos.

Cordialmente invitado por su Presidente, el señor general Florit, a quien hace tres décadas nos vincularon tareas de representación en Europa, cuando absorbidos por los problemas de la paz nos desempeñábamos en Ginebra durante la Conferencia del Desarme, anhelando el bienestar de las naciones, luego de agobiadas por los efectos desoladores de la primera guerra mundial, que fue tregua y ansiedad. Nuestra colaboración en siete meses de labor, nos permitió estimularnos recíprocamente; y es hoy, para mí, una grata ocasión acentuar mi estimación por el militar estudioso, el funcionario público, y el ciudadano de altas prendas intelectuales y morales.

Agradezco pues, esta propicia circunstancia con el deseo, no de hacer una disertación académica que no es del caso en tema tan familiar a este Instituto, sino para comentar con recogimiento cívico "el monumento del Libertador", en una camaradería de vocación histórica para interpretarlo a través del guión que pudo imaginar su autor el escultor alemán don Gustavo Eberlein, en cumplimiento de la ley del Congreso Nacional que así lo dispusiera como homenaje en el centenario de Mayo al gran Capitán de los Andes.

Advierto desde ya, que esta recordación no pretende tampoco juzgar su mérito artístico. Es sólo un aporte mínimo de conocimiento histórico y otro de comentario crítico, para significarle en sus elementos componentes de horizonte abierto: épico, estético y fantasioso. Diré con sencillez que, su técnica es descriptiva; su realismo auténtico y su acento emocional; particularmente a través de los altos relieves adosados a sus zócalos, en los que percibimos al artista,

consustanciado en un pasado palpitante, que busca hablarnos en lenguaje plástico de escenas y actos heroicos.

Entiendo, por consiguiente, dar satisfacción a esta gentileza del Instituto, al difundir oralmente los conceptos esculpidos en la obra del artífice, que quiso rememorar los grandes sucesos de la independencia de América, profundizando su dignidad artística de diversos órdenes, que configuran en la memoria de los pueblos la grandeza del fundador de tres repúblicas.

* * *

Como veis, el monumento es así a los ojos del espectador, el que habla nuestra propia lengua con la virtual palabra del bronce, brotada de la verdad y de la vida, en distintas regiones del continente. Quiere ser el mensaje que vincule y ate las generaciones; el germen de conducta moral y manantial de la hermandad latinoamericana; fusionado con el nombre de quienes consolidando la independencia de la patria por el noble ejercicio de las armas, la dotaron con atributos de soberanía.

Permitidme pues, que me atenga a la precisión textual de la ley que erigió este monumento "al Libertador y a los ejércitos de la independencia" exornándolo con la comúnmente llamada "estatua de San Martín" de la plaza de su nombre, en esta ciudad de Buenos Aires. En su origen es por tanto, la genuina efigie inaugurada hace cien años, el 13 de julio de 1862, como la figura ecuestre del general don José de San Martín debida al cincel del escultor francés Louis Joseph Daumas, promovida como es sabido por la municipalidad, en la antigua plaza de Marte, barrio del Retiro. Empero, corrido medio siglo y alcanzado el centenario de mayo en 1910, el sentimiento público y el juicio histórico de las generaciones, decidieron reconocer al héroe en su personalidad continental, sobre el escenario grandioso de la emancipación. El veredicto de los pueblos, diole así, unidad y coherencia por la acción armónica y conjunta de los ejércitos, en los esfuerzos consumados desde los albores de la revolución de 1810. Tal fue en síntesis el propósito de la reestructuración del nuevo pedestal sobre sus primitivos cimientos, según la ley Nº 6286 del H. Congreso, hecha vigente en la apoteosis del 27 de mayo de 1910, ante una multitud exultante por el llamado de los clarines; en presencia de los grandes dignatarios extranjeros y nacionales; en una ceremonia memorable, que quiso ser la renovación del juramento sagrado de la argentinidad, con el testimonio de las naciones del orbe...

* * *

Los que entonces fuimos testigos de ese día jubiloso, sentimos como ciudadanos y como muchedumbre la vibración del patético homenaje en nuestras almas. Aquella evocación y recogimiento, mezcla de respeto y de euforia popular, nos sacudió en el orgullo patricio de la sangre. Un detalle pequeño en apariencia, pero que no pasó desapercibido, acusó cierto suspenso en nuestra crónica urbana, al rectificar la orientación de la figura del prócer que marcó desde ese instante el rumbo noroeste de los Andes, cuando antes, desde 1862, el índice de su mano derecha, señalaba en contrario, el costado edilicio de la calle Maipú hacia el sur.

Este esclarecimiento informativo, en nada cambia el fallo de la historia. La consagración de San Martín se intensifica en práctica invariable, a través de una severa crítica histórica. Comprobamos que tres repúblicas de nuestro hemisferio le aclaman como custodio de su libertad. Sus triunfos de San Lorenzo, Chacabuco y Maipú, el paso de los Andes y su expedición al Perú, mucho revelan a las almas puras en su sacrificio y el cántico a la virtud. Su patrimonio de honor es compartido en todo el continente con plena posesión de las instituciones, reputación y crédito de los Estados. El bronce, el mármol y la piedra, le reproducen por doquiera ajustándose al enfoque del sentimiento de la justicia, del pensar y el sentir sociales. Se salvan fronteras en todo ello, porque cobra animación la prédica moral y cívica de la ideología sanmartiniana que emana de los sanos y cristianos principios de la civilización occidental. Esa opinión irreversible, que es tarea de alta cultura, traza la biografía de un gran espíritu, que armoniza por fuerza de irradiación. Su sello pertenece así, a la tradición de América.

* * *

Nos es preciso consignar este rito consagratorio, cuando fuera exaltado a la inmortalidad. Para ello, haremos un breve paréntesis que nos trae a la reflexión. Borremos, por un momento, la perspectiva de los parques porteños; traslademonos con estímulo fraterno a la ciudad de Lima, el 20 de septiembre de 1822, corridos ya ciento cuarenta y un años de distancia.

Es el propio San Martín quien preside la gran ceremonia del primer congreso Constituyente, al que concurre para despojarse de las insignias del poder, de su autoridad protectoral. Se trata de su renunciamiento, de su abdicación, haciendo que el pueblo peruano reasuma la jefatura y soberanía del Estado. Acaba de dar cumplimiento a un íntimo deseo que se hace irrevocable en su voluntad pese a todas las sugestiones y oposiciones.

Esa misma noche, en sesión extraordinaria, el Congreso acuerda al prócer grandes honores, entre aplausos, aclamaciones y vítores. Se le declara "Fundador de la libertad del Perú" con la insignia de la banda bicolor de que se había despojado; se le otorga el grado de Capitán General; se le reconoce una pensión vitalicia como la agraciada al virtuoso Washington. Es más, se decreta su estatua sobre una columna, con inscripciones alusivas a sus servicios; y de inmediato, su busto en la Biblioteca Nacional...

El desprendimiento tan sublime de San Martín, no podía medirse, es verdad que, en dimensión de su gloria. No le perturbaba la vanidad. Era estoico, filósofo, carecía de codicia en el mando como lo reveló después de la entrevista de Guayaquil, subordinándose a un alejamiento que consternaba su corazón.

Me atrevo a decir que, en esos instantes debió percibir la luz de lo alto. Huyó del oropel y de la fatuidad. Con este criterio por norte, bien podemos aceptar su silencio acerca del incienso cortesano. San Martín no ignoraba que los palaciegos del Rimac, como en lengua quechua se expresa, eran políticos parleros. No habría entonces de quebrar su austeridad ante una estatua brindada en vida. Acaso, en lo profundo de su meditación estaba presente como un testimonio, la reciente muerte de Napoleón, en el destierro de Santa Elena; de Napoleón, el invasor de España contra quien combatiera; de Napoleón, el del endiosamiento europeo, el más grande del siglo y de su época... Señores, San Martín sabía que sólo la justicia de las generaciones es la que perdura más allá, en el destino de los pueblos y de sus conductores...

* * *

Volvamos a Buenos Aires. La concepción artística acometida por Eberlein, tuvo para su inspiración un asesoramiento de entendidos, miembros integrantes de la llamada Comisión Nacional del Centenario, cuya competencia y patriotismo excusan toda ponderación. Los doctores David Peña, Adolfo P. Carranza, Carlos Estrada, Francisco P. Moreno, el general José Ignacio Garmendia, entre otros, pudieron cooperar con acertados enfoques. Su estímulo se debió al vasto plan de iniciativas del Intendente Municipal don Manuel J. Güiraldes, cuya devoción por el arte era conocida. A no dudarle, lo histórico representaba en un monumento de esa proyección, lo que el estilo y

la técnica estatuaria del punto de vista morfológico, tocaba al valor plástico en escenas de combate, actos heroicos, de giros abundantes, adecuadamente representados y ajustados en acciones épicas. Debió por ello el autor identificarse con la grandeza de la acción militar, lo esencial del estratega que manda, ataca o defiende, definiéndose siempre en forma viviente y con hálito superior. Se trataba de un pretérito que debía vitalizarse creando el movimiento escénico con cohesión interna de armas, atalajes, uniformes, etc. En su esencialidad cabía todo lo argentino del soldado, la cabalgadura, el impulso del triunfo arrollador. El rasgo resulta a veces angustiado, otras alígero e intrépido.

* * *

La serie de bajos relieves es aquí técnica incisiva y de contornos agudos, que podrían en conjunto ser esquemáticos, pero en el dato personal se concretan dando validez a las circunstancias episódicas. En general, se descubre una enorme superación de esfuerzos para dar al adalid la corona de la victoria.

* * *

En el Buenos Aires de 1910 era visible la tradición clásica del estilo, precediendo a la innovación vanguardista. La escuela de Bellas Artes partía necesariamente de Europa sin nexo local o al menos muy escaso, enlazándose pausadamente en sus corrientes rítmicas para condicionar luego el arte de los argentinos, tanto en escultura como en pintura. Así resultaba un verdadero problema encontrar al artífice en esa hora, que la calle llamó "la hora de las estatuas" explicando el porqué de esa abundancia de obras confiadas a extranjeros. Un balance periodístico lo revela: de las numerosas obras ejecutadas en medio siglo de 1860 a 1910, sólo un mínimo se hizo por argentinos, pues que su avance fue posterior al año 10, al abandonar los talleres de los maestros, todavía en edad de adolescentes. Esto explica con evidencia la labor del centenario. Este basamento de San Martín se adjudicó al alemán Eberlein con otras cuatro estatuas, las de Castelli, Monteagudo, Rodríguez Peña, Juan de Garay. La de Moreno fue obra del español Blay; el belga Laga fundió la de Saavedra y el monumento de los dos Congresos; el español Llaneces la de Vieytes; la de Azcué-

naga es de Cordier, autor también de *"Le Doute"* ubicada en la plaza San Martín, etc. Y para qué mencionar otras efemérides que reiteran la preferencia: Sarmiento por Rodin; Mitre por Calandra; Paso y Echeverría por Torcuato Tasso; Bernardo de Irigoyen obra de Benllure; Pellegrini por Coutan; Alvear por Bourdelle, etc. En fin, que data recién de 1910 la revisión, para proseguir y sobresalir con el genial buril de Rogelio Irurtia, de Ferrari, Riganelli, Lagos, Fioravanti, Leguizamón, Dresco y otros más, en relación a sus cualidades ingénitas.

* * *

El monumento del Libertador de que tratamos, se levanta sobre ancha plataforma de base cuadrada con gradas de líneas semicurvas. A manera de complemento del pedestal central donde se halla la estatua ecuestre primigenia, cuatro pedestales esquineros en menor proporción, son destinados a otros tantos grupos en bronce que unifican la línea de alegorías, interpretando diversas etapas de la campaña castrense en América.

Es desde luego, la indicada con el calificativo de *"la partida"* o sea lo simbólico en tropas que rompen la marcha de la vanguardia argentina apasionada por la Libertad. Uno de los soldados entona el himno de la esperanza, y otro agita su quepis lleno de entusiasmo y resolución. ¡El artista conforme a su guión o proyecto tipifica a la juventud propulsora del ideal que no admite dudas, responde al llamado de la tierra nativa y hace de la obediencia su ley y de la fidelidad su honor!

El segundo grupo encarna *"el sacrificio"* magistralmente expresado por la muerte de un conscripto en brazos de otro, haciendo ambos de custodios de la reliquia sagrada de la patria. Su significado es, lealtad al pabellón, perpetuamente el mismo por más que el plomo destroce su lienzo y el sol y la lluvia apaguen sus colores. Quiere el escultor simbolizar lo imperecedero, en vidas plenas de responsabilidad y de poesía en la flor de los años; pagando su tributo en lo transitorio. . .

La tercera composición de naturaleza totalmente diferenciada, se denomina *"el regreso"* del combatiente. De su nota romántica surge la conjugación hogareña de la mujer que aporta palmas y flores en premio al vencedor; confundiéndole en amoroso abrazo porque son dos fuerzas que se unifican y prolongan en el tiempo y el recuerdo de la familia, la base de la sociedad.

El cuarto y último grupo esquinero *"la victoria"* es simbólica manifestación que exorna al vencedor con el laurel merecido en la batalla que redime.

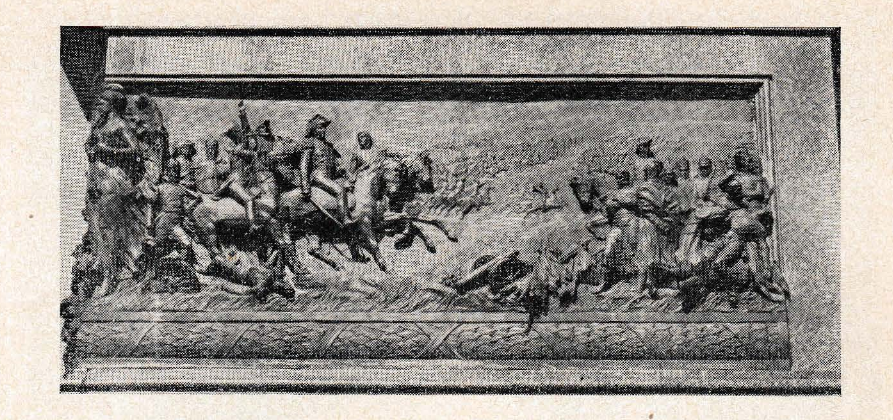
* * *



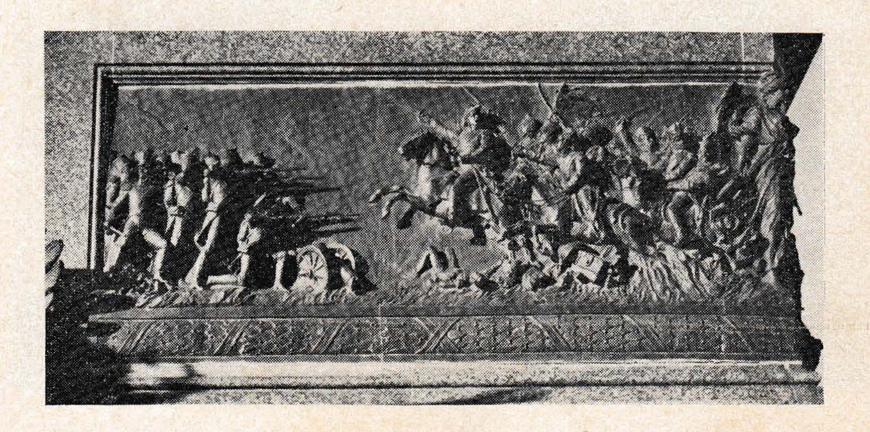












El observador pasa en seguida al examen de la serie de relieves modelados en plástica monumental. Como en las escuelas de grandes artífices desde las paredes de la base, vénse en alto relieve las batallas de la gesta militar. En su conjunto todo es movimiento, es nervio de la guerra que altera, confunde y anima. Gallardas figuras, incontrastables choques que repiten escenas de vencedores y vencidos. El entrevero de la lucha estremece, pero no falta el cuadro de solaz y de paz en el éxito de las campañas y el porvenir asegurado de los pueblos.

Tenemos a la vista, en la superficie elíptica del pedestal principal donde se sostiene la figura del Gran Capitán y de modo longitudinal, esculpidas las batallas de *Maipú*, de *Chacabuco* y el combate de *San Lorenzo*. La conmemoración se continúa por fracciones enmarcadas episódicamente. En ese campo de *"Maipo"* vemos al general entre los escuadrones de caballería que persiguen al enemigo; se señala en detalle una lucha cruenta sembrada de cuerpos heridos. Percibimos a los prisioneros, que son arrogantes soldados. Desfilan regimientos en actitud marcial y serena como llevados en alas de la victoria. El frente nos descubre un sector cubierto de cañones, banderas arrebatadas y restos de armamentos. A la derecha, nos detenemos para contemplar a un granadero que sostiene en sus brazos al camarada caído del caballo: los ojos del moribundo reflejan la angustia de la muerte, pero vislumbran la conformidad con el hallazgo de la tumba en tierra de promisión. Otros semblantes acusan la conciliación en el sacrificio, en la paz que velará en adelante el sueño eterno de muchos...

Damos unos pasos y al dorso del monolito percibimos la escena personalizada del combate de *"San Lorenzo"*. Se trata del sargento Cabral que cubre a su general al caer de su cabalgadura. Allí se recuerda el preciso instante en que un adversario quiere ultimarlo. El osado es detenido por el patriota que perece en defensa de su deber.

Finalmente, en el costado siguiente del monumento se hace visible el cuadro perteneciente a la batalla de *"Chacabuco"*. Ahí está perfectamente delineado el general San Martín a la cabeza de su ejército que carga sobre el enemigo... Contemplamos allí mismo, un contraataque que ametralla a un montón de valientes.

La lucha parece se condujera a fuego graneado con bravura y sin desmayo. Se convierte en completa victoria.

* * *



Una vez más debemos variar nuestra posición. Estamos ahora frente al primer alto relieve de la base. Representa la hazaña del *"paso de los Andes"*. En esta composición se ha destacado al comandante supremo rodeado de su Estado Mayor, con un fondo majestuoso de cerros y desfiladeros dando juego panorámico a la región cordillerana. Va trepando un ejército jadeante, que Eberlein reproduce en un largo desfile de carretones, pensando sea algo igual a las viejas rutas alpinas que utilizaba entonces elefantes, sustituidos en el Nuevo Mundo por las mulas de nuestras estancias serranas y pampeanas. No deja de ser una artística coincidencia, aunque intrascendente, que quien diera a Buenos Aires y a Santiago de Chile la expresión sanmartiniana del bronce ecuestre, como la realizó el ya nombrado escultor M. Daumas fuera quien, fundiese en Francia el monumento de Aníbal, emplazado hace ya un siglo en Toulon y allí conocido como "Aníbal mostrando a su ejército las llanuras de Italia". No me atrevo a suponer que haya podido imaginar M. Daumas, alguna vez, que su Aníbal tendría como sus dos San Martín, la presencia artística de una misión genial de conducción en cumbres de América.

Finalmente, esta parte del monumento, se reconcentra y termina con la clamorosa reunión de la *proclamación de la independencia del Perú,* el 28 de julio de 1821. Es el último relieve de la trama sanmartiniana. Desde una tribuna se oye la arenga del generalísimo anunciando la libertad del país, la constitución y leyes que habrán de regir a la nueva nación. Vemos la plaza del mercado de Lima rebosando de gente. Han sido convocadas todas las fuerzas vivas que aclaman al Libertador. El detalle muestra a las limeñas ataviadas a la moda virreinal. Ellas arrojan flores, los niños agitan trofeos, los campesinos jóvenes y ancianos dan testimonio de la efusión patriótica que los domina. Vese al Cabildo, el clero y señeras figuras escuchando con unción las palabras del Protector.

* * *

No es sin emoción que haré un segundo paréntesis en este relato para completar su cronología y reseña, leyendo cuatro breves documentos que creo desconocidos o en todo caso inéditos relacionados con este final epopéyico, cuando San Martín abdica el mando y se despide para siempre de aquellas playas del Rimac, luego de obtenida la libertad peruana. Dos de estos documentos son oficiales; los dos restantes son personales de Mariano Balcarce, hijo político de San Martín.

Los contextos de ambas procedencias, dicen así:

"Excmo. Señor: El Soberano Congreso ha aprobado las proposiciones contenidas a fojas 11 del Diario que tenemos la honra de incluir.

"Por ellas se servirá advertir V.E. que una de las primeras atenciones del cuerpo representante del Perú ha sido manifestar el reconocimiento que debe al fundador de su libertad por los eminentes servicios que tiene prestados a la causa de América; siéndole sensible al Congreso que las circunstancias no le permitan dar otro linaje de testimonio por ahora.

"La banda que igualmente remitimos, es la misma de que tan heroicamente se despojó V.E. en el venturoso día de la Instalación de este Cuerpo Soberano, y será la que en cualquier país donde exista V.E. demuestre que la tierra del Sol le debe su libertad e independencia, y que bajo tal sistema fue el primero que la gobernó.

"De orden del mismo lo ponemos en conocimiento de V.E. para su satisfacción.

"Dios guarde a V.E. muchos años. Lima, octubre 10 de 1822.

[Fdo.] *José Sánchez Carrión* — *F. J. Mariategui*
Diputado Secretario — Diputado Secretario

"Excmo. señor don José de San Martín, generalísimo de las armas del Perú."

Lima, diciembre 24 de 1823.

"Excmo. señor:

"Cuando V. E. después de haber fundado la libertad del Perú y establecido gloriosamente las autoridades del país, ocurre al Supremo Gobierno por la licencia correspondiente para viajar a Europa por tres años, V. E. realza su mérito hasta el último punto, manifestando que si como general decidió con sus esfuerzos la suerte de un vasto continente, como ciudadano es el primero que tributa el homenaje debido al orden y a la ley. V. E. puede marchar a Europa por el tiempo que guste; pues el gobierno del Perú está muy satisfecho que en cualquier momento en que sepa V. E. que peligra la suerte de la República, volará a su defensa con el interés que le inspira la conservación de su nombre y de su alta reputación. Mientras tanto si el Perú siente que el Fundador de su libertad se aleje más de su territorio, se mitiga su sentimiento al considerar que en toda distancia trabajará por su prosperidad y engrandecimiento, y que sus talentos militares y virtudes cívicas serán conocidas más de cerca, y respetadas por altas e ilustres Potencias.

"Tengo, señor Excmo., el más alto honor de protestar a V. E. mi admiración hacia su persona y respeto a su mérito eminente.

"Excmo. señor — José Bernardo Tagle.

"Por orden de S. E. Juan de Berindoaga.

"Excmo. señor Fundador de la Libertad del Perú, y generalísimo de sus tropas don José de San Martín."

* * *

Estos documentos obraban en poder de D. Mariano Balcarce, yerno de San Martín, quien suscribe las cartas siguientes, ribeteadas de luto al Dr. Manuel Moreno, ministro argentino en Londres. Fechadas en Boulogne Sur Mer el 22 de agosto de 1850, expresan textualmente:

"En medio de la justa y viva aflicción en que me hallo sumergido, cumplo con el doloroso deber de participar a V. E. que mi ilustre y venerado señor Padre Político, el Brigadier General de la Confederación Argentina don José de San Martín, falleció en esta ciudad el sábado 17 del corriente a las 3 de la tarde.

"Después de una larga y penosa enfermedad, rodeado de sus hijos y con la calma que inspira una conciencia pura y tranquila, terminó su carrera ese argentino, que con tanto desinterés y gloria combatió por la independencia de la América.

Dios gde. a V. E. ms. as."

Mariano Balcarce

Boulogne Sur Mer 22 de agosto de 1850

"Sor. Dr. D. Manuel de Moreno.
"Mi estimado compatriota y Señor:

"Parece que en estos últimos meses la Divina Providencia hubiese querido probarme en mis más caras efusiones. Aún no hace un año que perdí un amigo el más afectuoso y ahora acabo de experimentar otra cruel pérdida de la que no podré consolarme jamás.

"Después de una larga y penosa enfermedad, rodeado de sus hijos y con la tranquilidad que inspira la virtud, mi venerado y amado Padre Político el Sr. General San Martín, expiró en esta ciudad el sábado 17 del corrte. a las tres de la tarde. Esta cruel e irreparable desgracia nos deja en la mayor consternación y sólo la religión, el tiempo y las simpatías de los amigos podrán calmar nuestro dolor.

"Pienso dejar por algún tiempo este Pueblo en donde hemos sido tan desgraciados, y pasado mañana me pondré en marcha con mi familia sin destino fijo aunque es probable me dirija hacia Tours. Si Vd. recibiese alguna correspondencia para mí, o me escribiera, ruego a Vd. me dirija sus cartas a la "rue St. Georges Nº 35", París, de donde me las remitirán con toda seguridad.

"Como argentino y amigo comunico a Vd. esta triste noticia seguro que participará del justo y vivo dolor en que se halla sumergida mi familia y este su sincero y desgraciado servidor."

Mariano Balcarce

Señores:

La ley que mandó erigir este monumento estatuye con precisión el homenaje "a los ejércitos de la independencia", razón por la cual menciona las batallas anteriores y las acciones de Salta y Tucumán; los combates de Ríobamba, Tacuarí y Ayohuma, así también la rendición de Montevideo obtenida con la cooperación de la Marina Nacional. Señalados de ese modo los laureles de Belgrano, de Brown, quedan honrados éstos y los de San Martín bajo el símbolo augusto de Marte, dios de la guerra. Esta segunda serie de altos relieves, de cuidada concepción evocativa y rico modelado, da mayor fuerza espiritual al conjunto efemérico de la emancipación americana, sin que con ello se afecte en su parangón la obra de Henri Allouard en Boulogne Sur Mer ni la apoteósica de los Andes ejecutada por Ferrari en la ciudad de Mendoza, y tampoco el levantado a Bolívar aquí, en Buenos Aires por Fioravanti y otros grandes maestros que tradujeron ese ideal con vigor de creación.

Por lo demás, cabe apuntar que, los relieves adosados al pedestal principal y a los frisos laterales de la plataforma básica, *exhiben de modo elocuente* una docencia de vasta trayectoria para todo argentino —sea el ciudadano del país o el simple transeúnte de los jardines—, cuando su retina así impregnada de historia se expande desde la barranca del Retiro sobre las aguas del Río de la Plata, en pensamiento que abarca llanuras y montañas hasta los confines de la República. Porque en esencia, ese verismo del detalle de cada guerrero, de sus armas, atalaje y uniforme, son rasgos que reviven lo ocurrido en esa época; hacen el complemento estético de lo juvenil, trasluciendo un estado de espíritu impulsado por el ideal que fue de aquellas generaciones. Gran número de pormenores en efecto, dan estímulos a lo sublime del esfuerzo en lo abrupto de la topografía, donde entra el juego de la caballería, los duelos singulares y los entreveros, el rodar de los cañones, el alborozo del choque de sables y lanzas, resumido en la figura broncínea de un estilo de belleza que nos traslada en el recuerdo a la maestría de Donatello o del Verrocchio, los artistas del renacimiento

* * *

Si el espectador se detiene en el primer gran relieve de la parte longitudinal del basamento que mira hacia la calle Maipú, percibe la *toma de Montevideo*. La costa del río, las barcazas y el desembarco de la marinería se confunden en una visión agitada para el asalto de sus murallas y la toma del fuerte, por soldados y marinos que desprecian la muerte bajo la seducción de la victoria, en el trasfondo panorámico de la ciudad que capitula.

* * *

En el mismo costado del monumento asistimos a la epopeya Belgraniana: nuestra mirada pasa sobre lo indómito de la lucha, sin que falte la diana triunfal. Es el diseño del bronce que perpetúa la *batalla de Salta*, con la edificante escena del caballeresco rasgo de Belgrano, cuando después de vencer al adversario, pone fin al combate extendiendo al Jefe español el documento de la rendición supeditada a la palabra de honor de no participar en futuras acciones. Mientras oficiales y soldados recogen los trofeos, las espadas y fusiles... un héroe entre tantos, entrega la bandera del rey al propio Belgrano quien por su bravura le concede la espada de oficial.

A continuación otras escenas revelan tanto los sentimientos humanitarios del vencedor como el orgulloso acatamiento del valiente enemigo en derrota. Es el ángulo izquierdo del cuadro que nos da en contraste la sensación de la vida humilde del campamento. Se trata de una cantinera cuyo niño duerme apaciblemente. La madre atiende su oficio con frutos del terruño, soslayando un porvenir que la gloria hará venturoso.

Pasemos a la *batalla de Tucumán* en plano situado en la parte posterior de la escalera a la derecha del visitante. Fijamos de inmediato nuestra atención: vemos al general, expectante ante el anuncio de la victoria que clamorea todo el ejército. Pleno de satisfacción y grandeza moral es dueño del campo de lucha. Su meditación le trae a la responsabilidad del futuro argentino: el gobernante sustituye al militar aprovechando el éxito de las armas para fundar escuelas en protección de la adolescencia, requerida del libro y del arado en el cultivo de la inteligencia y del sustento familiar.

También aquí, a la izquierda observamos a un joven oficial que detiene su marcha para contemplar el cuerpo inanimado de un indígena estrujando en su mano crispada un papel revelador: su ademán es de misterio... ¿qué habrá de angustia en ello?

Y por último, *cuatro relieves* más adornan los ángulos de las escalinatas. *El primero* rememora la *bandera* jurada con el fervor de los que prometen defenderla con precio de vida. En *Ayohuma* es Belgrano que reúne a sus contingentes bajo el fuego del enemigo. *El segundo* es el caballero herido que no resiste al dolor y cae entregando en custodia su espada al camarada, para ser llevada a sus padres. *Otro,* en la parte posterior de la base es la magnífica composición de la *carga de Ríobamba,* el encarnizado entrevero de los granaderos que en el recuadro culmina al arma blanca, pecho a pecho, en movimientos desbordantes de patetismo. Pareciera una remembranza de Lavalle, cuyo potro aguijoneado por las espuelas se contorsiona briosamente en reflejos de luz y sombras. Se cierra el desfile, con el *cuarto episodio* no menos vibrante como acto final de *Tacuarí* cuando la columna paraguaya presenta las armas al rival porteño, después del encuentro afiebrado con los que no queriendo dejar de ser fraternos, imponen la valentía y el coraje antes que el odio y la ruptura.

* * *

Descendamos finalmente para ubicarnos *frente al monumento,* a pocos metros del mismo, y abarcarlo de un golpe de vista desde la explanada de la plaza, centrándonos en la figura alegórica de *Marte, dios de la guerra,* y luego en seguida en la del *cóndor* de alas desplegadas al pie del libertador. Nos da la medida del pensamiento del héroe, más alto que el vuelo del ave, en cielos donde sólo mora la libertad.

Inquirimos a *Marte,* el coloso de la victoria. Su cuerpo hercúleo ha merecido toda la destreza del escultor en un arranque evocativo de los días del centenario. Cubierto con el casco de dragón trasluce majestad y poderío para la prosperidad de la república. También *el cóndor* andino es emblemático: su cuello altivo y sus nervudas garras retienen el patrimonio invicto de la nacionalidad.

Empero es el pujante genio de la batalla, que apoyado con ambas manos sobre la empuñadura de la *espada cortante de los litigios,* quiere trocar la epopeya en nobleza e hidalguía hispanoamericana. Parece entonar estrofas de la canción patria, grabadas en letras de oro en todos los corazones:

"De los nuevos campeones los rostros

Marte mismo parece animar;

la grandeza se anida en sus pechos,

a su marcha todo hace temblar"

....

"*La victoria* al guerrero argentino

con sus alas brillantes cubrió

....

y sobre *alas de gloria* alza el pueblo

trono digno a su gran majestad."

Con esto, está dicho, lo mejor de nuestros ejércitos.



APENDICE

LA PRIMERA ESTATUA DE SAN MARTIN

Crónica publicada en el diario "La Nación", de Buenos Aires

El Buenos Aires de 1862, tan ufano de sí mismo que recelaba del honor de ser erigido en capital de la República, contaba con un solo monumento: la Pirámide de Mayo, levantada en 1811 y vanidosamente engreída desde 1857 de cuatro colaterales figuras alegóricas —el Comercio, la Industria, el Arte, la Ciencia—, que aunque muy sintomáticas del espíritu de progreso de la "Atenas del Plata" desfiguraron, por suerte transitoriamente, su prístina sencillez heroica. Hasta por esa circunstancia sintióse ecepcionalmente alborozado cuando el 13 de julio de ese año-cumbre, por ser el de la organización nacional definitiva, inauguró la estatua de San Martín en la plaza que éste denominó Campo de Marte, al elegirla para natal palestra del Regimiento de Granaderos a Caballo, pero que desde esa fecha ostenta también su nombre.

La ciudad, el país debían ese homenaje al prócer a quien Perú había decretado una estatua en vida y Chile se aprestaba a dedicarle otra. Fue costeada por suscripción colectiva, organizada con el auspicio de la Municipalidad por la Comisión del Campo de Marte, presidida por Joaquín Cazón e integrada por Constante Santa María, Santiago Rufino Albarracín, Manuel Alejandro Aguirre e Hilarión Medrano, con Leonardo Pereyra por secretario. La comuna de la hasta ayer capital del Estado Libre designó a su vez otra comisión asesora, formada por Ventura Bosch, Felipe Botet, José María Drago, Antonio Galup, Juan Rayces, Pedro A. Goyena, Lorenzo Torres, Mariano Moreno, Ventura Martínez, Santiago Bletscher, Claudio Mejía, Marcelo Mezquita, Carlos Furst, Eduardo Taylor, Santiago Larrosa, José Salvarezza, Gerardo Bosch, Miguel J. de Azcuénaga, Cosme Beccar, Angel Viale, Saviniano Kier, Pedro Natta y por secretarios José María Cantilo, José Tomás Guido y Nicolás Canale. Padrino de la ceremonia fue designado el general José Matías Zapiola, el compañero del Libertador en el viaje de la fragata "George Canning", la fundación de la Logia Lautaro y por cierto la epopeya emancipadora; pero por estar enfermo, con ochenta y dos años de edad sobre los esforzados hombros que aún resistirían doce más, fue reemplazado por el general Enrique Martínez, otro veterano de la misma, jefe del Estado Mayor del Ejército de los Andes. En el acta de la ceremonia, subscripta ante el escribano público Adolfo Saldías, se establece con espartano estilo: *"Allí sentado majestuosamente sobre su caballo, San Martín quedará reflejando aquellos días de pasada gloria, en que al frente de sus granaderos se batía por la Independencia y la Libertad de la Patria Argentina. La Independencia lo contó en el número de sus soldados. La Libertad levanta un monumento a su memoria"*.

DEL MERCADO DE ESCLAVOS A LA PLAZA SAN MARTIN

El lugar del emplazamiento se hallaba virtualmente en "las afueras" de la ciudad, cuyo edificado ejido terminaba a la sazón en la calle del Temple (hoy Viamonte), por la cual corría un "tercero" tan caudaloso que obligó a construir, a la altura de Maipú, un puentecillo al cual se denominó, un tanto irónica y un tanto románticamente, de Los Suspiros. No era ése del Retiro barrio bien afamado, pues por albergar los cuarteles alojaba también a "las cuarteleras"; era, sin embargo, aquel en que el héroe máximo creó, según dijimos, el núcleo genitor de la epopeya. Se le daba ese nombre pues a fines del siglo XVII acogió a una ermita en la cual un único monje penitente cumplía voto de absoluta soledad. En 1702 sus terrenos, sobre la barranca continuamente lamida, o si se quiere besada, por el Plata, fueron asignados en venta a una empresa británica introductora de esclavos que allí instaló el mercado de los mismos; pero éste fue pronto confiscado, a consecuencia de uno de los inveterados conflictos entre España e Inglaterra, y convertido en Plaza de Toros. Cuando la invasión de 1807 fue predio de un combate en que la vanguardia del ejército inglés resultó derrotada por simple empuje del vecindaje, y mereció por tal del Cabildo el título de Campo de Gloria. Muy venida a menos la castiza lid después de la Revolución, que pronto la prohibiría, el octogonal edificio, perpetuado en 1811 en una acuarela por Emeric Essex Vidal, fue aprovechado como cuadra de las caballadas de los ejércitos patrios. Al establecer allí San Martín el cuartel general de Granaderos, posiblemente su austeridad consideró demasiado jactancioso el nombre y lo trocó en el de Campo de Marte, que mantuvo a través de los diversos gobiernos, desde el de Bernardino Rivadavia, que proyectó y comenzó a ejecutar un paseo, comentado en su célebre "Voyage" por Alcidez d'Orbigny, hasta los de Juan Manuel de Rosas, que poblaron sus cuarteles, construidos en 1824, de soldados de uniformes color sangre, sede de sus regimientos predilectos, del Batallón Restaurador y de los Colorados que lo condujeron al poder. Eso tal vez explica que de allí surgiera, en "la noche triste" del 7 de diciembre de 1852, la reacción liberticida de inmediato sofocada por un joven coronel que ante ese trance cambió *"en media calle el frac negro de ministro por la casaca militar que me trajo un sobrino de Rosas, que quiso ser mi ayudante, mientras otro sobrino suyo me alcanzaba la espada y las pistolas"*, logrando que a la tarde siguiente *"mujeres y niños pudieran venir a pasear en la plaza bajo la protección de la intrépida Guardia Nacional de Buenos Aires, reconcentrada bajo mis órdenes"*, según recordaría a Juan Carlos Gómez. De ahí que se le volviera a cambiar el nombre por el del cuerpo que reunía a la juventud patricia de la Ciudad de Mayo empeñada en imponer su propia concepción de la libertad argentina. Fue él mismo, sin embargo, quien diez años después dispuso se la denominara San Martín, es decir, se le asignara el timbre de la inmortalidad.

LOS DISCURSOS INAUGURALES

No en vano ese joven coronel-ministro era hace cien años gobernador de Buenos Aires encargado del Poder Ejecutivo nacional. En esa doble jerarquía cúpole presidir la ceremonia inaugural de la estatua, acompañado de un varón cuyo apellido resultaba singularmente propicio, pues era el de "la esposa y amiga" del héroe, y cuya vida evocaba la dignidad a que obliga el sentido de la libertad: Mariano José de Escalada, obispo "in partibus" de Aulón desde 1832, que desde 1840 hasta 1852 siguientes tuvo "a la ciudad por cárcel", y pronto asumiría la investidura episcopal de Buenos Aires, de la cual sería en 1865 el primer arzobispo. En decreto refrendado por su ministro de Guerra y Marina, general Juan Andrés Gelly y Obes, fijó los honores militares que se tributarían al descorrerse el velo de la estatua, al pie de la cual quedaría una permanente guardia. También determinó que estaría a su cargo el discurso de circunstancias. Ricardo Levene publicó sobre

el mismo, en 1948, un fascículo —"El discurso de Mitre al inaugurarse la primera estatua argentina de San Martín en 1862"— en que destaca la importancia de esa "arenga" del futuro autor de la "Historia de San Martín y la Emancipación Sudamericana", obra que ya sin duda tenía "in mente" cuando la pronunció. Tiene también un sentido político. Presto a ser elegido primer presidente de la República definitivamente unificada, el orador expresa con honda satisfacción y alta conciencia: *"Si el bronce se animara, sin duda el general San Martín se estremecería de gozo al contemplar cómo en este momento en torno suyo a todos los miembros de la gran familia argentina, reunidos en paz y libertad y realizando, después de medio siglo de trabajos y de infortunios, la grande obra a que consagro su vida..."*. Llegaba, pues, su efigie en hora oportuna, en la hora en que su espíritu se imponía, pues la noción de la nacionalidad triunfaba.

El discurso de Mitre fue seguido por otros de sobrevivientes de la epopeya: el general Martínez, el general Lucio Mansilla, que actuó en la campaña de Chile como sargento mayor de Granaderos; el general José Tomás Guido, nombres estos dos últimos que sugerían, a través del inevitable recuerdo de su posterior actuación, cuán efectiva era en el momento la comunión de "la gran familia" a través de sus grandes varones. Los dos primeros fueron muy breves, y sólo Guido apeló al *"don divino de la elocuencia"*, del cual bien sabía que estaba imbuido, para exaltar *"con toda la vehemencia del alma"* la reciedumbre épica del período cuyo adalid, ahora así honrado, solía encabezar con un "Mi adorado amigo" las cartas que escribíale. Un soplo a lo Víctor Hugo —*"¡Qué tiempos! ¡Qué recuerdos! ¡Qué hazañas!... ¡Oh, guerreros argentinos! ¡Oh, inmarcesible gloria!"*— recorrió a la plaza ornada con banderas de todas las naciones. Luego vino el desfile, encabezado por el general Benito Nazar, inspector general de Armas de Buenos Aires, y tras él mismo el pueblo trocó en júbilo el *"silencio religioso"* con que, según los cronistas, asistió, innúmero, a la ceremonia, alborozado por contar de nuevo, aunque sólo fuera en bronce, a San Martín en su seno.

LA ESTATUA DE "INMARCESIBLE GLORIA"

La estatuta era obra de Louis-Joseph Daumas, el más ilustre escultor francés de una familia que contó con varios, discípulo predilecto de David D'Angers, que se inspiró para modelar la cabeza en el retrato de San Martín conocido como "El cuadro de la bandera", pintado en Bruselas en 1827 por la profesora de dibujo de su hija Merceditas. Levantábase sobre un pedestal un poco tosco, pero que la altisonancia de la hora calificó de *grandioso*, y su rasgo mejor es el símbolo del brazo en alto, señalando la ruta de los Andes. No tardarían tres años para que se introdujeran modificaciones en el conjunto, que se rodeó de labrada reja. Después el Buenos Aires de la euforia del Centenario de 1810, semejante en mucho al Buenos Aires que en 1857 —capital del Estado Libre— modificó la primitiva severidad de la Pirámide (no sin recurrir al consejo de Domingo Faustino Sarmiento y Prilidiano Pueyrredón), consideró que el monumento al héroe máximo era demasiado sobrio, y encomendó a un escultor alemán que ornara el basamento con nuevas figuras, lo enriqueciera con relieves recordativos de las batallas. Así surgió la figura central de Marte con el laurel de la Victoria en la erguida diestra; las alegorías de "La Partida para la Guerra", de "La Batalla", etcétera..., que tanto podrían involucrar a los guerreros ensalzados por Guido como a combatientes en los ejércitos del Canciller de Hierro, del cual labró más de una estatua. ¿Fue un acierto esa modificación ostentosa?... Rara vez lo son aquellas que revisten a los monumentos de una patriótica devoción esforzada con los ornatos de una subsiguiente vanidad complacida. Quedó en pie por suerte la efigie trazada por Daumas, reproducida luego una y otra vez.

EL MONUMENTO DEL LIBERTADOR